

843 PA 2216
9. P5
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA CAPILLA DEL PERDÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1 Apdo. 1628 MONTERREY, MEXICO

Ricardo Fénigan, pescador y cazador renombrado de las cercanías de París, que pasaba todo el año en el campo con su madre y su joven señora, acababa de recoger sus redes en el trozo de río Sena sembrado de verdosos islotes que se extiende entre las esclusas de Evry y de Athis, y en el cual había arrendado el derecho exclusivo de pescar. Era una mañana de Julio, pesada y ardorosa; el sol, blanco como metal fundido, cubría de plateados reflejos todo el cielo, mientras abajo el río, inmóvil y silencioso, despedía nubes de vapores, sin que se oyera el acostumbrado gorjeo de las collalbas, las currucas y las golondrinas de la ribera; en cambio la cálida neblina avivaba el fuerte aroma de las plantas

acuáticas y el color de las cantáridas, que formaban manchas de esmeralda en los fresnos. Hasta Fénigan, no obstante ser un robusto mozo de treinta y cinco años, subido de color, de poblada barba negra, sentía el abatimiento propio de tal atmósfera, y cuando llegó á la caleta donde se extendían sus amarillentas redes sobre el verde claro de la orilla, delante de las barcazas amarradas, quedóse unos cuantos minutos en el fondo de su lancha medio adormecido en su traje de lienzo verde, que el agua había cubierto de manchas oscuras. Oyóse en lo alto, á un lado del Sena, el sonido de una campana. Ricardo se estremeció.

— ¿Has oído, Chuchín?

El guarda-pesca, sumido en la cuenta y contemplación de los sollos, tencas y anguilas cogidos, alzó su rostro curtido y más rugoso que el río cuando sopla viento del este.

— De seguro es en la quinta (1), contestó.

— No puede ser que llamen para el almuerzo; si apenas son las once.

(1) Aunque generalmente se traduce hoy *château* por *castillo* nosotros usamos la palabra *quinta*, que es la realmente apropiada. Castillo no es *château* sino *château fort*; y en cambio el *château* se reduce á una quinta, una posesión de recreo, que ya es un palacio, verdadera morada señorial, ya una modesta casa con su jardín.

— Tal vez una visita... alguien de Granburgo... justamente he visto hace poco su victoria, que volvía por el puente.

Otra vez se oyó el tañido de la campana, extraño por su viveza en aquella inmensa calma.

— Arregla y pon todo en orden, Chuchín; me voy á ver qué pasa.

Ricardo tomó por la vereda de la orilla, con el paso tranquilo que da la vida del campo, hasta llegar á una alameda de chopos que sube con áspera pendiente al camino de Corbeil, donde se extienden la pequeña aldea de Uzelles y la propiedad de este nombre. Á la vez que andaba iba pensando en alta voz, curioso por saber la causa de aquel llamamiento, pero sin presentir nada malo.... Una visita de Granburgo no era probable... ¿Quién habría podido venir? El general y la duquesa su mujer estaban en el Tirol tomando baños; su hijo en el colegio parisiense de Stanislas, preparando los exámenes de entrada en la escuela militar de Saint-Cyr, que no iban á tardar. Más bien algún drama de cocina ó de corral que exigía la presencia del amo. Ó tal vez una disputa entre su madre y su mujer.... Sin embargo, no, hacía años ya que tuvo término esta atroz lucha doméstica que entristeció los primeros tiempos de su matrimonio... ¿Qué podía ser?

Un « buenos días, D. Ricardo », obsequioso y zalamero, que le dieron desde el otro lado del camino, le sacó de sus reflexiones. Volviéndose, vió cuatro ó cinco personas reunidas debajo de un chopo, el peón caminero Robín, el cartero Roger, que se había bajado de su velocípedo, una lavandera sentada en uno de los brazos de su carretilla, pesada y repleta de ropa lavada que chorreaba agua, oyendo todos con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos la historia que les refería Alejandro, un antiguo mozo de comedor de Granburgo, alto, afeitado, tieso, vestido con un traje de franela blanca y que tenía en la mano un bastón de bambú negro con aro de plata. ¿Qué charla era aquella, interrumpida bruscamente por la llegada de Fénigan? ¿Por qué cierta ironía en el saludo del lacayo retirado, de costumbre tan servil en su respeto? Más adelante vendrán á su memoria con feroz precisión los menores detalles de aquella mañana y podrá explicarse los hechos que ahora le impresionan apenas, pues carecen de significación.

Delante de la iglesia, blanca como un sepulcro nuevecito, junto al polvoroso camino, otra voz le llamó; era el vejete Merivet, con un sombrero alto y una larga blusa gris, un pincel en la mano y en la otra un balde de pintura negra, muy ocu-

pado en refrescar, según decía, el letrero de su escaparate.

— Mire V. vecino; ahora se puede leer desde una legua.

Y se apartó para que Ricardo pudiera admirar las líneas pintadas de nuevo sobre el encalado de la pared, á la derecha del pórtico :

NAPOLEÓN MERIVET

CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

EDIFICÓ ESTA IGLESIA

EN MEMORIA DE SU ESPOSA IRENE

Y

LA REGALÓ AL MUNICIPIO DE UZELLES.

Este epígrafe resumía un drama de familia que nadie conocía bien en el país. Sabíase únicamente que M. Merivet, al morir su mujer que amaba con delirio, construyó aquella iglesia frente á su propiedad y que cuidaba de ella con su criada como campanera y su ayuda de cámara como sacristán; cifrando su orgullo en verla llena de gente los domingos, cuando el teniente cura de Draveil, localidad de que Uzelles depende, iba á decir la misa. Precisamente con motivo de estas ceremonias paró á Fénigan para quejarse de los habitantes de la quinta. ¿Era comprensible que

aquellas señoras fueran á oír su misa en Draveil ó en el hospicio de Soisy cuando allí, á dos pasos....

— No está bien, vecino, repetía Napoleón revolviendo con la brocha su balde de pintura negra; ninguna de esas iglesias puede compararse con la mía. Cuantos aquí entran tienen suerte. ¡ Si supiera V. quién es su patrona y qué naturaleza de oro tenía mi Irene!.... La República escribe en sus monumentos: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; en el frontis de la mía debería escribir yo: *Piedad, Caridad, Perdón*.... Nos llaman la Pequeña Capilla; pero nuestro verdadero nombre debería ser la Buena Capilla, pues cuando vienen á rezar en ella, todas las personas casadas consiguen dicha para sus familias.

Ricardo se disculpaba, y disculpaba á su madre y á su mujer; la misma proximidad de la iglesia era un obstáculo á su simpatía. Ambas salían tan pocas veces que el paseo de todos los domingos á Draveil ó al hospicio les servía de ejercicio y sacudían un poco á los caballos, que estaban demasiado gordos. Pero prometía hablar del caso con su madre y tanto ésta como su nuera tendrían muy pronto sus sillas en la Buena Parroquia. Esta última frase le hizo sonreírse, recordando el nombre que daban en la región á la iglesia del anciano Merivet, calificativo poco á propósito para

atraer maridos, cuando una tercera campanada, violenta, vibrante, lo puso de nuevo en marcha y ahora de prisa.

La quinta de Uzelles, que estaba situada en lo más lejano de la aldea, se dividía en dos casas: la principal, de construcción reciente, cubierta de pizarra, con balcón corrido y varios pequeños, donde vivía la Sra. de Fénigan madre, y que un largo pasadizo de rejas tapizadas de verdura separaba del pabellón, destartada mansión del siglo último, en que habitaba el joven matrimonio. Una pequeña puerta practicada en la pared daba entrada á esta parte de la propiedad. Allí es donde Rosa Chuchín, la hija del guarda-pesca, que servía como su padre á los Fénigan, observaba el camino, con las manos delante de la vista para evitar el deslumbrador reflejo. Apenas divisó á Ricardo le gritó:

— ¿No está con V. la señora?

Era efectivamente común que en las mañanas de visita á las redes llevara Ricardo consigo á su mujer. Gustaba ésta de introducir los brazos hasta el hombro en el agua fría y sentir el peso del líquido que impulsaba, viendo los plateados reflejos del fondo. Pero aquel día Lidia se declaró cansada y á cuantas proposiciones de salir le hizo su marido contestó con un pequeño bostezo

de sueño mientras volvía en la almohada su deliciosa cabeza, rosada y sudorosa, dejando pasar un momento á través de sus pestañas apenas abiertas el brillo de su mirada entre gris y azul, gris de perla. Ricardo, inmóvil en medio del anchuroso camino, saboreó un instante aquella visión de marido enamorado, mientras la doncella repetía consternada : « ¿No ha ido con V. la señora? »

— No, ¿ por qué esta pregunta?

— Porque la señora ha desaparecido desde esta mañana.

— Desaparecido... ¡ qué locura!

Tuvo Fénigan la fuerza de subir los dos escalones de la puerta, pero en seguida cayó sobre el banco de piedra, á la entrada del pasadizo de verdura. Su malestar de por la mañana, el vahido que tuvo en el río, empezó con mayor violencia. No podía moverse ni hablar y oía zumbar la charla de Rosa sin apenas comprenderla. Habían registrado todo, el parque, el huerto, la orilla del Sena... y por fin, un momento antes, el tío Jorge, el conocido vagabundo, al volver de una visita al bosque, avisó al jardinero de que una de las rejas que daban al mismo estaba abierta y le entregó una carta para la señora de Fénigan madre. « Allí viene su mamá, añadió, tal vez tiene noticias... »

La madre de Ricardo, altanera y muy tiesa, con la cabeza siempre descubierta, la cabellera subida ó más bien estirada, lacia y negra, se acercaba por el pasadizo, haciendo moverse á cada paso las masas de luz viva que salpicaban el sombrío fondo. Comprendíase en lo violento de su andar que estaba colérica y que sabía á qué atenerse. Ricardo quiso levantarse é ir á su encuentro; pero, clavado en su banco, apenas pudo decirle con sus angustiados ojos y la voz de cuando era niño.

— ¿ Lidia? ¿ Dónde está Lidia, mamá?

Ella contestó en tono brutal y casi triunfante.

— Tu mujer se ha huído, y esta es la única alegría que nos ha dado.

— ¿ Huído?

— Y no sola, según puedes comprender... Pero adivina con quien..., no... adivina.

En vez de adivinar, Ricardo lanzó un gemido, su cuerpo se estremeció y cayó en el banco con la cabeza congestionada, mientras sus brazos yertos tocaban la arena del jardín.

II

DIARIO DEL PRÍNCIPE

Granburgo, 6 abril de 1886.

Mi querido Valongo : esta mañana, y las mañanas que seguirán, mi puesto de la clase preparatoria del colegio Stanislas, junto al de V., quedará sin ocupar. Esto se acabó, pues renunció á Saint-Cyr y á la gloria guerrera de que me parece haber abundante provisión en mi casa. Desde mi abuelo Carlos de Auvernia, que el primer Imperio hizo capitán general, duque de Alcántara y príncipe de Olmutz, hasta mi pobre diablo de padre, Alejo de Auvernia, que la parálisis acaba de postrar á los 47 años, siendo general comandante en jefe del 3^{er} cuerpo de ejército, mis muy gloriosos ascendientes no me han dejado ninguna distinción por conquistar. El tazón ruso que está en el centro del salón principal de nuestro palacio

de París, donde ponemos en salmuera todas las condecoraciones de la familia, está lleno hasta los bordes. ¿ Qué hacer pues? Nada, y á esto me encuentro firmemente resuelto. Á los diez y ocho años, siendo hijo único, heredero de un gran nombre, de la cuantiosa fortuna y probablemente también de la mala salud de papá, la sabiduría me aconseja disfrutar lo antes posible de lo que la existencia me ofrece de bueno. Hoy empiezo.

Una de las dos cartas misteriosas que me vió V. escribir el otro día durante la lección de trigonometría, era para el capitán Nuitka, de Cardiff y le daba cita en el pequeño puerto de Cassis, cerca de Marsella, con el yatch AZUL-BLANCO-ROJO, provisto de sus ocho hombres de tripulación, cocineros y mozo de comedor, á razón de diez mil francos al mes. La otra avisaba á la persona que me acompaña en mi expedición, pues ya puede V. pensar que no me embarco solo. Esta señora le es desconocida, ó por lo menos no figura en el cajón de corbatas donde hemos examinado muchas veces juntos las cartas y retratos de mis favoritas. Puedo decir á V. que es casada, nuestra vecina, en frente de Granburgo, al otro lado del Sena. Tiene treinta años apenas, grandes ojos claros siempre velados que, al abrirse, iluminan su rostro con los reflejos de un collar de perlas ;

aspecto tímido, grandes manos blancas de pianista envueltas en mitenas de otro tiempo. Sin hijos, un marido que la adora y el respeto de toda la región. Pues me ha bastado escribirle: « Venga V. » para que me conteste: « Allá voy, » y hétela ahí dejándolo todo, esposo, casa, familia, para embarcarse con un compañero tan joven y tan inscontante como su amigo. ¡ Cuando le digo que las mujeres son unos avechuchos extraordinarios!

Por lo que es de mí, tanto me da ésta como otra, pues me gustan demasiado todas para preferir ninguna. Así que he mordido uno de esos deliciosos dulces, me dan ganas de escupirlo y poner á saco toda la caja á fin de ver si puedo encontrar ese sabor exquisito que en vano busco. Deséeme V. buena suerte esta vez, mi querido Valongo.

Quando esta carta llegue á sus manos, navegaré á toda vela, mientras subirán al cielo las maldiciones de mis padres. Tanto peor, pues ellos tienen la culpa. En vez de internarme primero en Granburgo y después en Stanislas, si me hubieran dejado libre en París, es seguro que no me habría entrado esta brusca comezón de correr tierras. Pero la duquesa, mi madre, muy contenta de estar sola lejos de sus hombres, según

nos llama, había considerado muy ingenioso obligarme al trabajo y á la cordura convirtiéndome en enfermero del general. No se le ocurrió que la soledad es mala consejera y que á fuerza de contemplar la colina de Uzelles con su pequeña iglesia de piedra blanca y su campanario donde se albergan todas las palomas del bosque, me asaltarían tal vez reflexiones melancólicas y la necesidad de darme aire. Por su parte, el general al encerrarme en Stanislas ha determinado mi huída. Ya le contaré algún día el drama íntimo que hemos representado este ilustre inválido y yo durante mi residencia en la quinta.

¡ Ay Valongo, cuántos asuntos he examinado cada noche al encontrarme solo en este inmenso Granburgo, vagando por el fondo del parque ó el terraplén que cae sobre el río! ¡ Allí he mirado la vida frente á frente, estudiando á los demás y á mí mismo, el más complicado de todos! El resultado de estos exámenes ha sido encontrarme á los diez y ocho años viejo y cansado, sin ninguna ambición, no queriendo nada, no interesándome por nada, viendo de antemano el fin de todos los placeres. ¿ Por qué soy así? ¿ Á qué debo esta precoz experiencia, este hastío de todo y las arrugas que me siento hasta en las puntas de los dedos? ¿ Será acaso común á mi generación, á

los que llaman « los niños de la conquista », porque nacieron como yo allá por el año de la guerra y de la invasión, ó sólo propio de mi familia, de este terreno exhausto á fuerza de abundantes cosechas y que ahora necesita largo período de barbecho? Voto á sanes, que del barbecho yo me encargo.

Para empezar, siendo la mujer y los barcos conforme á mi gusto las únicas distracciones apetecibles, ambas me las procuro y con abundancia. Hasta hoy no había dado como amante y marinero sino viajecillos de cabotaje; esta vez me lanzo á uno de altura y, si mis confianzas le interesan, me comprometo, mi querido Valongo, á llevar para V. un registro exacto de las expediciones y aventuras de un alma, que desde hace mucho tiempo el general y duque mi padre ha declarado lóbrega y peligrosa como un combate nocturno.

CARLEJO.

III

El cuarto de Ricardo, donde lo instalaron después de su síncope, daba, como todas las habitaciones del pabellón, al camino de Corbeil, que se extiende á manera de cornisa sobre el río y que es uno de las más alegres de la comarca. Treinta y cinco años antes, una mañana de Octubre de 1851 iban por aquella misma carretera, en medio de fina lluvia de otoño que los cogió de improviso, el Sr. Fénigan, notario en Draveil y propietario en Uzelles, y su vecino de Granburgo, el anciano duque de Alcántara, para inscribir en el registro civil al niño nacido la noche antes. El duque, que fué por casualidad aquella mañana á casa de su notario, quiso servirle de testigo en prueba de simpatía; y aquella larga caminata, bajo un paraguas prestado, del modesto notario de campo y del ilustre soldado de Napoleón, cogidos amis-